



## **ORDENACIÓN DE PRESBITEROS**

### **Aspe, 5 de noviembre de 2016**

Comienzo estas palabras haciendo notar que nos encontramos justo a unos días de la clausura del Año Jubilar de la Misericordia, un tiempo muy especial promovido por el Papa Francisco para redescubrir y revivir la bondad de nuestro Dios, con la súplica de que esto nos cambie el corazón, para ser, por su gracia, parecidos a Él, es decir “Misericordiosos como el Padre”.

He querido iniciar esta homilía de la Misa de la ordenación de nuestros hermanos Germán y Ramón, como presbíteros, precisamente con esta referencia al Año Jubilar, porque acoger este acto como un regalo de la Misericordia del Señor a nuestra Iglesia, creo que es exacto y justo. Y así os pido que lo veáis todos, especialmente vosotros dos: como regalo, como don inmerecido que nos hace Dios, por su gran misericordia.

Esto, en el fondo, se nos transmite en la primera lectura de Jeremías que hemos escuchado. La iniciativa es de Él, la llamada, la vocación es de Dios, el camino y la maduración de la misma es pura gracia, y desde esta luz, este momento, la ordenación, es una efusión de su misericordia por el Espíritu que os configura a los dos como don para nuestra Iglesia.

Por otra parte el Evangelio de San Juan que acabamos de escuchar nos transmite una gran sensación de paz y majestad, nos hace revivir el aire y la luz de una verdadera tarde de Pascua. El Resucitado entra con las puertas cerradas, exhala su aliento sobre los discípulos y les da su paz y su Espíritu. El evangelista Juan quiere presentar a Jesús en su nueva condición de Resucitado, como aquel a quien se ha dado “todo poder en el cielo y en la tierra” (Mt 28,18), y que ahora transmite a su Iglesia sus poderes, entre ellos, en primer lugar, aquel de perdonar los pecados, y ello unido al envío que hace de sus discípulos, tal como Él ha sido enviado por el Padre.

Hoy, también aquí, se hace presente el Señor y de modo especial para vosotros, Ramón y Germán, en el Sacramento del Orden que vais a recibir, y en el que por el don de su Espíritu, os envía, configurándoos a Él y a su misión, para prolongar su obra de salvación en el mundo y hacerle presente como Cabeza y Pastor de su Pueblo.

En efecto, tal como se afirma en el prefacio de la Misa de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, el Señor “con amor de hermano, elige a hombres de este pueblo, para que, por la imposición de las manos, participen de su Sagrada misión. Ellos renuevan en nombre de Cristo el sacrificio de la redención, preparan a tus hijos el banquete

pascual, presiden a tu pueblo santo en el amor, lo alimentan con tu palabra y lo fortalecen con tus Sacramentos”.

Destaquemos la eminente tarea de “alimentar” al pueblo santo con la Palabra, la encomienda de predicar y catequizar, aquello que señaló el Papa Juan Pablo II, en “Pastores dabo vobis”: “El Sacerdote es, ante todo, ministro de la Palabra de Dios; es el ungido y enviado para anunciar a todos el evangelio del Reino” (n.26).

Urge mucho en las presentes circunstancias acrecentar la conciencia, respecto a esta tarea, de su especial necesidad. Imitemos a San Pablo que se consumía por anunciar a Jesucristo, por gastar su vida predicando a Cristo, evangelizando. ¡Hay tanta ignorancia y olvido de Dios! Por ello la llamada del Papa Francisco a que seamos misioneros, una Iglesia “en salida”, empeñada en evangelizar a todos y de todas las formas y maneras, es acuciante, y es constante. Ser Sacerdotes misioneros en nuestra tierra y comunidades, promoviendo un laicado misionero, es condición ineludible para la conversión misionera de nuestra Diócesis.

Igualmente, en el Prefacio citado, se destaca el renovar el sacrificio de la redención, preparando “el banquete pascual”. De forma eminente es en la presidencia de la asamblea Eucarística donde se da la epifanía de la sacramentalidad del presbiterado. De hecho existe un nexo intrínseco entre Eucaristía y Sacramento del Orden. Benedicto XVI, recordando esto en la Exhortación “Sacramentum Caritatis” (cf, 23), pide lucidez y como consecuencia, ser plenamente conscientes que en el ministerio los presbíteros tienen una misión totalmente relacional, siendo vital el evitar poner en primer plano ni a sí mismos, ni sus propias opiniones y gustos, sino solo al Señor, a Jesucristo. Huyendo de erigirse en protagonistas de nuestra misión, y de modo especial de la acción litúrgica, menos aun presidiendo la Eucaristía.

Cultivemos el acrecentar el gusto por la Liturgia, por hacer de nuestras celebraciones ámbito auténtico de oración, de encuentro con el Señor, con su presencia y acción salvadora. Qué importante es que, además de cuidar muchísimo la predicación y las diversas formas de catequizar –como os decía al veros Servidores de la Palabra-, cuidéis el enorme valor de la celebración de los Sacramentos, con atención al de la Penitencia (lugar eminente de la Misericordia), y especialmente de la Eucaristía, mimando la Misa dominical de nuestras Parroquias y comunidades, auténtica fuente y alimento para la vida de los cristianos.

Que sea en la entrega generosa en vuestras tareas ministeriales donde encontréis la fuente de vuestra espiritualidad como presbíteros. Y siempre trabajando en comunión y armonía con el Obispo y con los hermanos Sacerdotes. Tened miedo a aislaros, a vivir en soledad vuestro ministerio; la comunión, por tantas razones, es no solo constitutiva de vuestro ministerio, sino de especial necesidad en los tiempos que corren. La Iglesia solo se edifica con comunión, que es la obra del Espíritu. Y con amor, con mucho amor sacrificado y paciente. Con amor entregado a las buenas gentes a las que seréis enviados: escuchándoles, acompañándoles, valorando y amando sus características y

cargando con sus heridas; así corresponde asumir el camino y el servicio del “Buen Pastor que da la vida por sus ovejas” (Jn 10,11).

Así, y ahí, es donde toca que nos santifiquemos los Sacerdotes, donde corresponde dejarnos moldear por la gracia de Dios, dejándonos configurar con las acciones y los sentimientos del Buen Pastor. Así nos lo predica en la segunda lectura el Apóstol San Pedro (1P 5, 1-4); llamados a presidir al “pueblo santo en el amor”, nunca actuando “a la fuerza”, siempre “de buena gana”. Cuidando desde ahí las relaciones con los fieles, con cercanía y disponibilidad, como servidores; cuidando las relaciones con los hermanos Sacerdotes, sin huir de las reuniones y de la ayuda mutua y el trabajo compartido, sin faltar jamás a la caridad, haciendo diócesis, familia de los hijos de Dios. Construir juntos, unir siempre, pacificar, hacer una Iglesia unida y misericordiosa, en tiempo de gran necesidad.

Y vivid con alegría, no sólo este acto y este día, sino todo vuestro futuro ministerio, incluidos los momentos de dificultad, de cansancio, que seguro vendrán. No perdáis el ser tipos abiertos y comunicativos –en comunión con el Obispo y los hermanos Sacerdotes, siempre, como fuente de salud-; y no perdáis el humor, la chispa, que es expresión de fe y confianza en el amor misericordioso del Señor. Huid de la amargura, la queja permanente, la inmadurez que aísla, porque todo eso no es del Señor. Él, el misericordioso, nos deja y ayuda a madurar en la cruz, pero para ser luz y Resurrección en Él. Y ser don suyo de paz y de unión para los demás, por gracia de su Espíritu.

Nuestra alegría y armonía eclesial es parte de la mejor pastoral vocacional. Hacen falta más Sacerdotes para nuestra Diócesis, que está superpoblada. Pero no a cualquier precio y de cualquier manera. Sino desde la ejemplar continuidad en la estela de tantos Sacerdotes sacrificados e ilusionados de ayer y de hoy de nuestra querida Iglesia de Orihuela-Alicante. Esta es la mejor y más decisiva pastoral vocacional, nuestra convicción, nuestro gozo de ser testigos del Evangelio, de la fe de la Iglesia. Pidamos que se cumpla en nosotros, lo que afirmábamos en el Salmo: “Cantaré eternamente las misericordias del Señor”.

Nadie como María en su Magníficat ha sabido cantar la Misericordia y la fidelidad de Dios; y nadie como Ella es modelo para nosotros, siendo ejemplar en su entereza junto a la Cruz y en su fe y confianza en la palabra de su Hijo, el Señor.

Las paredes de esta Basílica pueden dar testimonio de un amor desbordado hacia ella, de lo que es ella para nosotros, cristianos de Orihuela-Alicante; aquí con el nombre de Virgen de las Nieves, en Biar con el nombre de la Virgen de Gracia y en Catral con la advocación de Purísima de la Ermita. Estamos en una Diócesis enamorada de la Virgen, ejemplar en muchas cosas y también en esta. Que Ella, a la que tanto queremos, sea la Madre buena que nos siga bendiciendo con vocaciones santas, con familias llenas de amor fiel, siga bendiciendo a los que os formaron y os dieron todo; a vosotros, Ramón y Germán en vuestras Parroquias, familias, Seminario, amistades y gente buena que os han acompañado hasta hoy. Que Ella, la Virgen nuestra Madre, os

acompañe y proteja haciendo de los dos santos Sacerdotes para nuestra Iglesia. Así sea.

**✠ Jesús Murgui Soriano**  
Obispo de Orihuela-Alicante